

Tenemos que asumir Euzkadi en toda su complejidad

Deia, 1977-12-14.

He leído en la prensa bilbaina un artículo de don José Miguel de Azaola titulado: "Una imagen deformada de lo vasco".

Expone cinco razones que deben hacernos reflexionar.

1. Prejuicios o sectarismos aparte, hay navarros que lealmente no se sienten vascos.
2. Se ha estereotipado y popularizado una imagen deformada de lo que es pueblo vasco.
3. Entre los que más han hecho y más siguen haciendo para estereotipar y popularizar esta imagen deformada son en su gran mayoría "los mismos que dicen tener más interés en lograr la unidad política del País Vasco".
4. Para éste, "vasco" es el que habla la lengua y se identifica con la imagen del caserío de la montaña, la sidra y el chacolí, cuando lo cierto es que las zonas y las gentes del romance y del vino y de otros modos de vida y creencias también son vascos influidos por la romanización y la civilización mediterránea.
- Y 5: Estos vascos, ¿son acaso de segunda clase?

Escribiendo acerca del estereotipo hace unos días dije que los usamos todos y en este caso, tenemos que señalar que también los abertzales.

Yo he tenido una experiencia personal que me ha permitido observar el fenómeno que apunta Azaola.

Mi abuelo materno, Joxe Mari Orradre, era navarro: vino a Hernani muy joven y voluntario liberal con la segunda guerra carlista desde Gurpegui, un pueblito ahora ya desierto de Aoiz. Era euskaldun, y sólo así, en vasco, me habló siempre. Después de muerto él, iba yo de chico a pasar las vacaciones de verano a Burlada, a Alzua, a Beroiz, donde me encontraba con la única hermana de mi abuelo que quedaba viva y que hablaba muy poco euskara, y con las primas de mi madre que no hablaban más "vasco" que el de las palabras que intercalaban con frecuencia en su castellano sin la conciencia de que eran vascas.

Estas tres etapas las he recordado más críticamente después, sobre todo al leer a Campión.

Es la suerte compleja de nuestra lengua.

Mi abuelo era vasco, claro, y estos parientes míos, que algunos viven más al sur, hasta en el extremo meridional, en Cortes, aunque hayan perdido el habla de sus mayores, son vascos también. ¿O qué son?

Desde la tierra de mi abuela guipuzcoana a la de mi abuelo navarro advertí en mi infancia estas diferencias que apunta Azaola, y que a mí me chocaron: aquí el campo ya no era tan verde, la tierra era blancuza y seca; y el caserío no era el que yo conocía, ni tenía las vacas que yo asociaba al cultivo de la tierra, sino unas mulas más aptas para labrar la de trigo y para el trabajo de la trilla en la era, una novedad: había viñas, sorpresa; allá no tocaban el txistu y sí la guitarra; y cantaban, no "bertsoak", sino jotas, y en lenguas diferentes.

Analizando ahora estas impresiones y estos datos a la luz del artículo del señor Azaola: efectivamente, esta complejidad está ahí, y, sin embargo, no ha quedado reflejada en el estereotipo del "vasco" en que debe sentirse incluido el navarro de la Ribera y el de la Rioja alavesa.

¿Qué explicación tiene?

Ciertamente que no ha habido intención de falsear nada. Pero nos hemos dejado llevar por la simplificación, esa simplificación a la que tiende toda propaganda política.

Es natural que la influencia de esta nueva mística nacional vasca haya tomado un sello vizcaino; aquí nació y actuó Sabino primero, aquí se estructuró el nuevo partido, para extenderse pronto por Guipúzcoa y luego Alava; esta renovación tuvo un paralelo importante de intelectuales en Navarra con Campión, Iturralde y Suit, Aranzadi, Oloriz, Echalde y Ansoleaga, entre otros, que había desbordado también el carlismo ya sin caminos para defender lo sustancial que era el Fuero, la libertad. Campión (1853), doce años más viejo que Sabino (1865) escribía ya en *Euskal Herria* y *Revista Euskara* (1887) antes de que Sabino leyera en Larrazabal su histórico discurso (1893), y el lema mismo de Campión, navarro si lo hay, está escrito en euskara: "Batzuek ba dijoaz, besteok ba gatoz" (Los unos ya se van, ya venimos los otros). La desgracia es que el tiempo de esta libertad de que gozamos durante la República, fue, por una parte, escasa, y por otra, corta. Y en estas condiciones la España centralista ha impedido que el pueblo navarro haya podido llegar a conocer a estos navarros, y a otros más recientes, como don Manuel Irujo, por mencionar el más preclaro de los que viven. Por otra parte, y en el camino de las afinidades con Navarra, Sabino era hijo de carlistas, de los que compartieron la muerte, las cárceles y los exilios de las cuatro regiones que están juntas, como en las dos guerras terribles, en el decreto del 16 de noviembre de 1839 por el que se les somete por primera vez, a la Constitución española.

Esa solidaridad se repitió más tarde en un acto político durante la Gamazada.

Sin embargo, no es esto excusa para dejar de constatar el hecho de que no se ha acertado al crear en los vascos, todos, incluidos los nacionalistas vascos que cita Azaola, la pedagogía de asumir esta compleja totalidad de lo que es lo vasco; aquí hemos extrapolado a partir de una parcela de lo vasco, la más próxima a la cuna de esta nueva concepción de lo nacional a través de lo confederal. Pero, y esto es importante, no se ha cometido este error por cálculo, sino arrastrados por la dinámica misma y la prisa con que se fue desarrollando este sentimiento renovador en la zona de más habla vasca del País, y ciertamente por una ley de selección natural, porque éste es el ingrediente fundamental de su nacionalidad.

Y aquí quisiera razonar este factor.

Esta vitalidad alcanzada por el sentimiento nacional que Sabino percibió certeramente entre las raíces del carlismo provocó por parte del Estado centralista una reacción muy dura; el nacionalismo, como respuesta, y para argumentar con rotundidad de signo político, recurrió a las señales externas más distintivas, y también más en peligro, de nuestra cultura, y lo más diferencial y en peligro de nuestra cultura, que es como decir nuestra nacionalidad, es la lengua.

El euskara en Navarra, y también en Alava, ha tenido un proceso del que tiene que responder en gran parte el poder central.

Hay esa penetración del latín, y luego el romance; pero las pérdidas sustanciales son más tardías, XVIII en Alava, XIX en Navarra. La línea del euskara en el siglo XVI es la de Carcastillo-Bernedo; en el XVIII Tafalla-Urdunia; en el XIX: Aoiz-Pamplona en lo que va; y en el XX: Zuia Ochagavia-Alsasua-Villarreal de Alava.

Estas son más menos las líneas del retroceso.

Así ocurrió que mientras nos desmarcábamos del Estado centralista que está oprimiendo por igual nuestros Fueros, nuestra libertad nacional, estamos alejándonos de los vascos que por estos azares históricos de naturaleza bien conocida ya no hablan la lengua.

Luego, la guerra en que nos enfrentaron, y los cuarenta años de oscuridad informativa y de recelo y de malentendidos, fue ensanchando más la brecha.

Por todas estas razones, aparte de que siempre habrá Condes de Lerín mirando en otra dirección, es natural que (1) haya navarros que no se sientan "vascos", porque (2) se ha estereotipado, se ha deformado, la imagen del País Vasco de una manera no conscientemente excluyente, pero sí provocadora de efectos iguales: los abertzales de hoy (3 y 4) tenemos la obligación de rectificar y de asumir esta complejidad lingüística y cultural de Euzkadi, y desde luego que (5) aquí, no hay vascos de segunda.

Sólo así será posible la Euzkadi que es de todos los vascos.

Confesar ahora este desacierto, a esta distancia en el tiempo histórico y crítico, no debe rebajar a nadie.

Error sería, y error político muy grave, perseverar en él.